

BIBLIOTECA



August Sander: *Novios campesinos* (1911-1914)

Papiros amorosos*

Después de deslumbrarnos con su anterior libro *Partitura de la cigarra*, Eugenio Montejo (Caracas, 1938) nos entrega un libro de amor. Para este poeta venezolano (cuya obra está entre las más importantes de Hispanoamérica) el amor es una instancia cósmica y los cuerpos, al estrecharse, comparten los vaivenes del planeta. Se trata de una fuerza genésica inscrita en un orden neoplatónico que no es ajena, sin embargo, a la carnalidad y a los raptos del deseo. Y es que Montejo concibe un universo articulado y con sentido rítmico donde la realidad es un enorme alfabeto con signos que piden ser decodificados. Todo tiene un sentido oculto, y este sentido dialoga con el resto del universo. Si el mundo se articula de esta forma, y la naturaleza y los hombres y las galaxias se mueven todos juntos, entonces el amor, como deseo interrogante y signo oscuro, es una fuerza multiplicadora, y el acto sexual es la catapulta hacia los ejes siderales: «Jamás un cuerpo me ha unido tanto a los astros».

Pero no siempre esta forma pitagórica de entender el mundo logra dar cuenta de toda la complejidad del amor. Los cuerpos, desde su desnudez material y táctil, constituyen por sí solos y sin el concurso de las galaxias, el gran lugar del asombro. Además de integrarse a la orquesta del cosmos, los cuerpos ensayan su propia música callada. Y es esta música íntima y secreta la que más nos conmueve.

Papiros amorosos se debate entre estos dos polos: el de la mecánica celeste y el de la pasión terrestre. Para Montejo los cuerpos son, a un tiempo, reflejo del cosmos y reflejo de sí mismos. Deudores de una armonía superior, también existe en ellos una magnitud que no responde a intercambios siderales. Por eso, además de revelar los «ritmos de galaxias remotas» bajo la piel palpable de los cuerpos, Montejo «deletrea por el tacto» y ensaya en cada caricia sobre la piel de la amada el desciframiento de un alfabeto más sensual. De esta forma, la autonomía sensible de los cuerpos, es decir, su deseo, es la evidencia de que la carnalidad es, por sí misma, un universo fascinante y complejo.

El deseo lo es todo. Sin deseo, los cuerpos pasan a nuestro lado como sombras. Sin embargo, el deseo nos premia o nos fulmina. Montejo concibe los cuerpos deseosos con hondo dramatismo y reflexiona acerca de la naturaleza de la entre-

* *Editorial Pre-textos, Valencia, 2002.*

ga. Dos cuerpos estrechados pueden estar más lejos que nunca, o también pueden irse a pique y zozobrar juntos en medio de la noche. Un cuerpo en nuestras manos no es garantía de nada, parece decirnos el poeta venezolano. Incluso, dos cuerpos a veces son más de dos: «Cuántas veces, a tientas, en la noche / sueñan dos cuerpos fundirse en uno solo / sin saber que al final son tres o cuatro». Terrible y dulce juego donde la imaginación de los amantes integra a otros participantes que la memoria y el deseo no logran rechazar. Por eso el cuerpo parece llevar una vida autónoma y se desprende muchas veces de quien lo habita. Se escapa, se adelanta, y apenas podemos prever sus desenlaces. Está y no está, a pesar de su contundencia: «lo palpo aquí conmigo y anda lejos / por otra senda inalcanzable».

El amor es, antes que nada, una celebración y una fiesta. El amor no puede cantarse sin el concurso de las exhalaciones y los gemidos. La fruición del tacto, los besos emocionados y los «trémulos senos» abundan en este libro. Sin frenesí ni estallidos, sin bombásticos orgasmos, el placer amoroso es recreado por Montejo con entusiasmo cordial y pasión fina. Pero sabemos que el amor es una moneda que gira en el aire. Y para Montejo siempre estarán detrás de él, como una amenaza, la melancolía y la ausencia: «Su amor

no me acompaña en esta sombra / y era mi única lámpara».

Papiros amorosos no es un libro triste. Tampoco es un tratado acerca del amor y no pretende revelar su sentido último. Es una exploración emocionada sobre la condición inestable y precaria de los amantes, y un canto a esa experiencia que siempre es una promesa y, quizás, nuestra única esperanza:

Todo el furor, el polvo y la derrota
Con un amor, un solo amor, pronto se
salvan
Un solo amor puede salvarlo todo.

Entre el orden cósmico y el orden terrestre, entre la armonía de un universo repleto de correspondencias, y la experiencia semirrota, transitoria e irregular del amor, *Papiros amorosos* se sumerge y a veces se extravía. Cuando atiende a la emoción y los apetitos de dos cuerpos y sabe ver la amenaza que los circunda, *Papiros amorosos* es un buen libro. Pero cuando se eleva hacia lejanas esferas para escuchar el tic-tic de los planetas en el vientre de los amantes, entonces el libro toma distancia y se nos pierde de vista.

Gustavo Valle